

La laguna oculta de Huitzilopochtli

Alejandro Toledo Patiño



PREFACIO

Quien haya recorrido el trayecto entre las ciudades de México y Cuernavaca no creará en principio este relato. Lo mismo me ocurrió cuando leí por vez primera aquellas amarillentas hojas tamaño oficio, extraídas del fondo del cajón del *secretaire* del siglo XIX que había pertenecido a mi bisabuelo.

Hoy día miles de personas viajan entre ambas ciudades ya sea por la autopista o la carretera federal. Saben de los bellos parajes, de las panorámicas vistas, de las quesadillas y platillos típicos a unos pasos de la cuneta. Pero muy pocos de esos viajeros se preguntan qué hay más allá de ese escenario arbolado y montañoso. No obstante su cercanía, son sitios escasamente conocidos y explorados, pues son pocas las personas que se han internado en esos bosques con el propósito de recorrer y escalar veredas y senderos alejados de los transitados caminos. Sin embargo, los que han incursionado más allá de la primera línea del frente boscoso encuentran, después de varias horas de caminata, cuevas ocultas en elevados acantilados y empinadas laderas

y, sobre todo durante la época de lluvias, pequeñas lagunas y estanques de frías aguas. Incluso he llegado a saber —preguntando aquí y allá— que quienes son sorprendidos por la noche en medio de esas montañas o deciden pernoctar en tiendas de campaña, han tenido en ocasiones raras pesadillas con extrañas deidades indígenas y llegan a escuchar perturbadores voces y cantos en náhuatl. En este relato, que permaneció guardado y olvidado durante más de un siglo, se podrá encontrar una explicación a tales hechos. Lo extraño y lo sombrío pueden estar muy próximos a nosotros sin que —ciegos por la rutina de la vida ordinaria— lo percibamos.

Pero antes, como parte de esta necesaria introducción, debo decir que al morir hace algunos años mi bisabuela materna, la vieja mansión de la época porfiriana que habitaban ella y una de sus hijas, fue vendida a fin de distribuir la herencia. Antes de rematar la vetusta y otrora hermosa propiedad, enclavada en los lindes del Centro Histórico de la Ciudad de México, se llevó a cabo un reparto familiar de recuerdos, objetos de valor y muebles. A mi me interesaba de manera muy especial aquel hermoso *secretaire* que, colocado entre un viejo librero con puertas de vidrio encortinadas y un enorme ropero, se medio ocultaba detrás del lambrín de la doble escalera —toda ella de cedro— que llevaba de la sala principal hacia las habitaciones y aposentos superiores.

Era yo niño y recuerdo que me sentaba frente a ese hermoso mueble para abrir una y otra vez sus cajones laterales — el del centro siempre estuvo cerrado con llave. Me deleitaba especialmente con sus puertas corredizas de madera. Por lo general había encima de él algunos papeles en carpetas con sellos oficiales —supongo que documentos de impuestos prediales o cosas así— y uno que otro lápiz. De repente también algún libro sacado del librero contiguo

—igualmente siempre bajo llave— y que permanecía olvidado ahí por semanas.

El *secrétaire* había pertenecido a mi bisabuelo, fallecido muchos años antes, interno en el antiguo manicomio de La Castañeda, por el rumbo del entonces pueblo de *Mixcoac*. Mi bisabuelo —a quien no llegué a conocer— había sido ferrocarrilero de profesión y vulcanólogo aficionado. La bisabuela solía decir a modo de reproche y lamento que su locura había sido provocada por inhalar azufre en sus constantes expediciones al *Popocatepetl*. “Así es como se le metió el diablo en la cabeza” —decía con aire triste mientras apretaba el crucifijo del rosario que pendía siempre de su cintura.

Tan pronto tuve el mueble en mi casa, lo enceré y me dispuse a abrir el cajón central. Una vez que pude forzar la herrumbrada cerradura, me encontré tres de aquellos viejos lápices que decían Ferrocarriles Nacionales de México, una pluma de carey, un par de puntillas, un tintero reseco que apenas logré destapar y, hasta el fondo del cajón, un enrollado de varias hojas atado con una delgada cinta negra de terciopelo. Había sido escrito por mi bisabuelo. En unas partes con pluma y tinta y en otras con carbón de lápiz. Tenía una bella y bien entrenada caligrafía aunque en ocasiones la emoción lo había hecho tachar una y otra vez palabras y frases, así como descomponer aquí y allá los trazos y proporciones de las letras. Por momentos es notorio que el pulso le temblaba.

Primero pensé que lo que decían aquellas maltratadas hojas era fruto de la imaginación extraviada —o a punto de serlo— de mi bisabuelo. Pero no tardé en recapacitar y preguntarme si, por el contrario, su locura habría sido causada por lo que en esas hojas se narraba. Y si bien esa causa no guarda relación con el azufre ni con el demonio del infierno cristiano, si tiene que ver con un volcán y sobre todo con los terribles dioses del inframundo indígena.

Pero no debo adelantar conclusiones ni influir en la opinión de los lectores, así que en lo que sigue me limitaré a reproducir la narración de mi bisabuelo, agregando sólo pequeñas notas para indispensables aclaraciones. Al finalizar agregaré algunas ideas en torno a este extraño...

RELATO DE ANCESTROS

“JULIO 21¹

“Son alrededor de las dos de la mañana. Sigo sin poder dormir. Esta es ya mi tercera noche en vela. No quise despertar a Lupe. Sólo la asustaría si le platico lo que encontré en el cráter del volcán: dirá que esos ídolos son cosas del

diablo, que me deshaga cuanto antes de ellos aunque estén adornados con oro... y además le daré razones para echarme en cara una vez más mi afición por los volcanes. En los patios de la estación tampoco puedo decir algo pues todos querrán ir allá por más de esas piezas indígenas. ¿Avisar al gobierno? ¡Ni Dios lo mande! El oro terminaría en los pendientes de Doña Carmelita² o adornando la sala de algún ‘científico’³ catrín.

“Únicamente pude traer conmigo seis piezas. No sé qué sean o representen. Tal vez sólo un arqueólogo o un historiador logre identificarlas. Pero yo no conozco ninguno y si llegara a saber de alguien igual tendría que decirle dónde las encontré. No. Lo primero que tengo que hacer es ir yo sólo por más piezas. Los viajes que sean necesarios y luego venderlas poco a poco. Iré de nuevo el próximo fin de semana. Serán los días 24 y 25. A Lupe le diré que iré a inspeccionar las instalaciones de la estación de Tres Cumbres. Alquilaré ahí un caballo o una mula y ascenderé de nuevo hasta el cráter. Mientras tanto pensaré en cómo transportar la mayor cantidad de piezas sin ser descubierto. Ni en el tren de regreso ni aquí en la casa.

“Por lo pronto guardaré las piezas en el librero bajo llave. Miden entre treinta y treinta y cinco centímetros.

“Una es la figura de una gran cabeza con las cuencas vacías y alargados colmillos. El contorno de sus ojos y la nariz están formados por una serpiente.

“Otra es la de un hombre sentado en el suelo con la cabeza volteando hacia su costado izquierdo; mira con desorbitados ojos de terror y posee una nariz muy grande y tosca.

“La tercera pieza representa una calavera humana también con unos enormes ojos, igualmente pavorosos, formados por incrustaciones de concha blanca y pirita negra.

“La cuarta es un alargado hombrecillo también con ojos blanquinegros de concha y pirita; porta un tocado en forma de cono triangular que le cubre las orejas y sobresale detrás de su nuca.

“La quinta estatuilla representa a una mujer sentada con las manos abiertas y en su pecho una calavera escoltada por dos manos que apuntan hacia el suelo. Su tocado está formado también por calaveras, mientras que su falda se adorna con grecas de cabezas y colas de serpiente.

“La sexta y última figura es, a mi juicio, la más bella de todas. Se trata de una hermosa ave, no sabría decir cuál, con un pico delgado y muchas alas. En sus patas blande un escudo y un mazo en forma de serpiente. Los ojos, cubiertos de

una especie de antifaz negro, lo mismo que el plumaje que cubre en parte su cuerpo, están ricamente adornados con incrustaciones de jade, obsidiana y otras gemas preciosas.

“JULIO 22

“De nuevo llevo horas sin dormir. Tan pronto cierro los ojos me asaltan imágenes de pesadilla. No es para menos luego de lo que averigüé acerca de algunos de los ídolos.

“Hoy después de comer le dije a Lupe que tenía que ir a despachar el tren más temprano. Aproveché para ir a la librería que está en el 572 de las calles de San Felipe de Jesús, en busca de algo que me ayudara a identificar los ídolos. Revisé los grabados de un libro escrito en alemán por *Konrad Theodor Preuss*. No pude leerlo pues no conozco ese idioma, pero el dueño de la librería tuvo la amabilidad de traducirme de manera resumida algunas páginas. Me facilitó también el manuscrito de un libro sobre el tema escrito por Antonio Caso, así como algunos bocetos de una aterradora deidad en forma de serpiente, bocetos que reproducen la figura labrada en piedra que fuera encontrada no hace mucho por el arqueólogo Leopoldo Batres a unas cuantas calles a espaldas de La Catedral.

“De todo lo visto creo haber identificado varias de las piezas, aunque, claro está, difícilmente puedo estar a plenitud seguro de ello.

“La gran cabeza con enormes cuencas vacías y alargados colmillos es *Tláloc*, deidad de la lluvia y el trueno.

“La mujer sentada que se encuentra ataviada con calaveras y serpientes es *Coatlicue*, diosa caníbal e incestuosa que descuartizaba a sus víctimas ya fuese por placer o venganza. Diosa bárbara la llamó con razón el barón *Alexander von Humboldt* cuando la vio representada en códices.

“El ave con escudo y lanza corresponde también a una de esas deidades siniestras. Se trata de *Huitzilopochtli*, raro dios sol-colibrí, deidad principal de los aztecas, quien según la leyenda los guió, hablándoles siempre en sueños, durante los más de doscientos años que duró su peregrinación desde su salida de *Aztlan* para al fin fundar *Tenochtitlan*, en el islote en medio del lago donde todo era blanco y a la hora en que no existía sombra alguna, según cuenta la leyenda. En el centro de ese islote, ahí donde un águila posada en un nopal devoraba una serpiente, se levantó su templo y a su alrededor creció la ciudad en el lago.

“A ese templo convergían las calzadas que día a día llevaban desde tierra firme los tributos y prisioneros para el sacrificio. En ese templo las víctimas de los pueblos

sometidos eran ofrendadas en masivas ceremonias bajo el influjo de tambores y chirimías, danzas y cánticos, y en las cuales el chamán cubierto con la piel de una víctima anteriormente sacrificada, le abría el pecho a los prisioneros con un pedernal para extraerles el corazón. Palpitando aún en las manos del sacerdote, el sangrante órgano vital era mostrado en lo alto a la delirante multitud. Esta gritaba de aprobación y aguardaba ansiosa que le fueran arrojados, rodando por la escalinata del templo, los restos destazados del sacrificado. Las cabezas de las víctimas, hombres y mujeres, se ensartaban en lanzas a su vez clavadas en el piso. En una sola ceremonia ritual solían sacrificarse cientos y a veces miles de prisioneros.

“*Huitzilopochtli* era el ave-sol de mil alas que necesitaba de la sangre humana para favorecer a su pueblo en el combate y la guerra. Y mediante el combate y la guerra era como se aseguraba la sangre humana que lo alimentaba.

“A él y a su pueblo.

“JULIO 24⁴

“El tren partió de la estación Colonia⁵ antes del amanecer, tirado por la máquina 121, “La India Bonita”,⁶ una poderosa locomotora *Baldwin*. Todavía en la oscuridad atravesó el bosque de *Chapultepec*. En el pueblo de *Tacubaya*, donde se detuvo tan sólo unos minutos, desayuné tamales y café. La mañana era fría y húmeda. La neblina apenas dejaba ver los contornos de la iglesia. Al partir, el silbato de la máquina apagó por instantes el tañido de las campanas que llamaban a primera misa.

“Al avanzar hacia el sur la niebla se hacía cada vez más tenue y, poco a poco, tocada por la luz del sol, se disipaba para dejar ver el campo, los arrieros, los árboles de eucalipto, los sauces y los magueyes, los pueblos con las torres de sus iglesias, las haciendas y rancherías, la peonada iniciando faenas, los azules arroyos, el caudaloso río *Mixcoac* pleno de garzas y patos, las indias lavando en las riberas, los verdes campos y pastizales, el ganado vacuno pastando. Mientras conversaba con el maquinista los horizontes se ampliaban: hacia el oeste una alta serranía paralela a la vía férrea; hacia el este el enorme valle y sus grandes lagos; más allá, en el telón de fondo del sureste, la silueta del *Popocatepétl** –al que hace ya más de dos años no visito– y a su lado la del *Ixtacihuatl*. Hacia el sur, en cambio, nubes espesas seguían ocultando el *Xitle*.

* El autor utiliza algunas palabras tal y como se escribían hace más de un siglo. Están en cursivas (Redacción).

“Al llegar al pueblo de San Ángel, aproveché para desentumir las piernas. Apenas iban dos horas de viaje, pero el clima frío y húmedo de estos lares sureños me causa reumas. Las indias ofrecían flores y frutas con su mocosa plebe al lado. A un costado de la estación, en la plaza, se mercaban mantas de yute, cestas, pollos, hierbas de olor, cerdos, semillas de girasol, rebozos, ovejas trasquiladas y sin trasquilar, chocolate, nopales, pulque, conejos, papel amate, chapulines. Comenzó a lloviznar e interrumpí mi caminata.

“De regreso, justo antes de subir al tren me sucedió algo muy extraño. Una india vieja se me acercó:

—Vuestra *mercé* no debe seguir el viaje.

—¿Qué dices? —me volví hacia ella.

—*Qui ójala* nuestra madrecita Tonantzin-Guadalupe evite que *asté patroncitu* vuelva a subir a ese volcán.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo sabes a dónde voy? —pregunté de nuevo, pero la lluvia arreció de súbito y mientras yo acomodaba el impermeable de mi *Tardan*,⁷ la anciana mujer aprovechó para irse.

“Intrigado subí al tren ¿Conocería a alguien de la servidumbre o de la familia? ¿Sería pariente de Jovita —la criada? Tal vez una tía —pensé.

“A los pocos minutos, bajo un fuerte aguacero, partimos nuevamente.

“Los tramos del trayecto de ascenso de las pendientes de San Angelín, de La Magdalena —en cuyas caídas de agua están los dínamos que dan energía eléctrica a la ciudad— y por último del *Xitle-Ajusco*, transcurrieron bajo un cielo cerrado que rompía en violentos y breves chaparrones o bien apenas se contenía en pertinaz llovizna. La lluvia o la neblina no dejaban ver más allá de unas decenas de metros. Pero el clima afortunadamente comenzó a mejorar cuando alcanzamos los valles altos de la Sierra Gorda. Desde ahí sí se podía apreciar la silueta del volcán.

“Recuerdo que ésta es ya la tercera ocasión que viajo por esta vía de tren.

“La primera vez llegué tan sólo al pueblo de San Ángel. Fue cuando se inauguró la Colonia del Carmen, al norte del pueblo de *Coyoacan*, y Don Porfirio y su esposa viajaron en tren de México a San Ángel para desde ahí, en carruajes, trasladarse con toda su comitiva hasta la plaza contigua a la iglesia de San Juan Bautista. Ahí Doña Carmelita cortó el listón de la nueva colonia que llevaría su nombre.

“La segunda ocasión fue hace una semana, cuando con motivo de diez años de funcionamiento del ferrocarril a Cuernavaca,⁸ se iniciaron reparaciones en la vía férrea y

aplanados en el balastro. Fue entonces que me percaté de la existencia del volcán. Calculé que estaba a unos cuatro kilómetros al oeste de la vía del tren y que su cima se alzaba unos tres mil seiscientos metros sobre el nivel del mar. Comparado con los colosos *Popocatepítl* e *Ixtacihuatl*, y con pendientes no muy pronunciadas, me pareció un volcán de muy fácil ascensión. Igual pensé que me convendría explorar su cráter mientras el *Popocatepítl* siguiera inquieto. Tal vez ahí encontrara azufre sin tener que ir tan lejos.

“En esa ocasión, de regreso a México, decidí quedarme en Tres Cumbres,⁹ la caseta a casi tres mil metros de altura, donde el tren se detiene a cargar de leña y agua para sus calderas, luego de haber acabado su dotación de combustible en el pesado ascenso. Con la ayuda de un indito de unos diez años al que pagué para que me sirviera de guía, me dirigí en mula al volcán. Durante más de dos horas crucé de los bosques de *Huitzilac* a los de *Tlalpam* y luego, en una jornada de más de seis horas y ya solo y a pie, ascendí por vez primera hasta el cráter y su hermosa laguna. A lo largo de la jornada observé una pareja de venados de cola blanca, una camada de *ocelotes*, conejos y ardillas. En los cielos dos águilas al acecho.

“El volcán no presentaba ningún tipo de actividad y no había rastros de azufre por ningún lado. Muy probablemente desde hacía cientos de miles de años se encontraba inactivo. Lo que sí encontré fueron esos ídolos semienterrados en un charco fangoso y negro de la orilla norte de la laguna. También pude apreciar que en el centro del pintoresco estanque de azuladas aguas, que parecía tener forma de media luna, sobresalía un pequeño montículo de piedras con apenas un par de metros de superficie y unos cuantos centímetros de altura.

“Hoy, tercera ocasión que viajo por ésta vía férrea, nuevamente me quedé en la caseta de Tres Cumbres, sitio al que llegué a tempranas horas de la tarde, luego de una jornada de casi ocho horas desde la estación Colonia. Me encuentro a 218.5 kms. del Río Balsas y a 74.1 kms. de la Ciudad de México. La “India Bonita” siguió su curso y de cierto estoy que a estas horas se ha de encontrar llegando a Cuernavaca.

“Mañana rayando el sol partiré rumbo al volcán. Me aproximaré a sus faldas recorriendo unos cuatro kilómetros de vía férrea en armón.¹⁰ Un garrotero me llevará hasta un tramo cercano a sus faldas, donde una cuadrilla de peones realiza reparaciones. En estos momentos — a punto de caer la noche— escribo en una cabaña adyacente al edificio de la estación, resguardado del frío, al lado de una chimenea y

con un quinqué a mis espaldas. Aquí pernoctaré para salir a primera hora, si el clima lo permite.

“¡Dios quiera que mañana continúe despejado!

“JULIO 25

“Está lloviendo y hace un frío de los mil demonios.

“Hace media hora que debería haber amanecido pero la capa de nubes es tan espesa que aún permanece oscuro. El garrotero aún no se presenta y no sé si sería mejor alquilar una montura. Aguardaré un rato para ver como sigue el tiempo. A la mejor tendré que aplazar el ascenso para épocas con clima más benigno. Pero si me espero hasta el final de las lluvias corro el riesgo de que al subir el nivel de la laguna me sea más difícil encontrar nuevas piezas.

“Tuve un sueño por demás extraño antes de despertar: una india anciana de cabellos entrecanos y largos tocaba a la puerta de una rústica cabaña, me despertaba y yo sin preguntar le abría. Entraba a la habitación y sin levantar su rostro me decía que quería platicarme una leyenda muy antigua y desconocida acerca de los secretos que guardan los bosques de alrededor. Mientras hablaba, en las llamas del fuego de la chimenea veía yo sus palabras, en imágenes parecidas a las del cinematógrafo de los hermanos *Lumière*.

“Comencé por ver un gran incendio.

“Grandes lenguas de fuego y angustiantes gritos de dolor se elevaban por doquier. Era una imponente ciudad indígena, supongo que *Tenochtitlan*, envuelta en llamas, arrasada con la espada y la pólvora de los españoles y la ira y la venganza de miles de indios que llegaban del otro lado de los grandes volcanes que guardaban la entrada a la cuenca y sus valles. Era de noche y el lago estaba teñido de rojo. Un grupo de guerreros-tigre acompañaba al último *tlatoani*, el joven *Cuauhtémoc*, en su fuga hacia la ribera este del lago. Al mismo tiempo un grupo de guerreros-águila escoltaba al chamán-sacerdote del templo de *Huitzilopochtli*, en una fuga igualmente desesperada hacia la ribera sur. Envueltos en unos *ayates* los *tamemes* llevan un cargamento sagrado. Un tesoro más importante que la vida del propio *tlatoani*: los ídolos de sus principales dioses y, entre ellos, tallado ricamente en oro y piedras preciosas, el de su dios supremo *Huitzilopochtli*. Habían sido sacados del templo antes que los conquistadores mataran a la mayoría de los chamanes-sacerdotes y destruyeran todo lo que en él había.

“Y mientras en la noche en que sucumbió *Tenochtitlan* —continuó la anciana— el séquito en fuga de *Cuauhtémoc* era descubierto y éste último apresado por las tropas de

Hernán Cortés, el grupo de hombres que navegaba por las aguas dulces de los lagos de *Xochimilco*, alcanzó finalmente la ribera. Pronto, escabulléndose entre las sombras de la noche, ese grupo se internó en los bosques y ascendió las montañas que separaban a la capital del imperio azteca de su otrora señorío vasallo de *Cuauhnahuac*, primeras tierras nahuatlacas en caer bajo el poder de los hombres blancos y barbados llegados del oriente.

“En el sueño la anciana me contó —siempre mediante visiones a través del fuego de la chimenea— que al poco de fundada *Tenochtitlan*, un joven noble guerrero llamado *Huitzilihuitl*, hijo de *Acamapichtli*, primer gran *tlatoani* de los aztecas, estuvo al mando de una expedición hacia el señorío de *Cuauhnahuac*. Antes de llegar a la tierra de los *Tlahuicas*, descubrió en las tierras altas una zona boscosa, tapizada de lagunas y con gran abundancia de colibríes, a la que llamó *Huitzilac*, que significa “lugar de colibríes y agua” o también “lugar del dios *Huitzilopochtli*”. El príncipe azteca tuvo esa noche un sueño en el que *Huitzilopochtli* le ordenaba edificarle un templo en medio de la elevada laguna de un volcán cercano. Le pidió también que la existencia de ese templo permaneciera en secreto y que ahí se le ocultara y venerara a la llegada del nuevo sol que todo lo destruiría.

“A la mañana siguiente *Hutzilihuitl* buscó la cima más alta, ascendió a ella sin sus tropas y encontró en el cráter de un volcán una hermosa laguna que parecía reproducir a escala el lago donde se fundara *Tenochtitlan*. Incluso, en medio del pequeño estanque, había un islote. En él, *Hutzilihuitl* con sus propias manos y durante varios días, levantó el templo secreto que le ordenara edificar su dios. Durante cerca de doscientos años que duró la gloria de *Tenochtitlan*, la existencia de ese templo sólo fue conocida por los sucesivos *tlatoanis* y lo más selecto de la casta guerrera y sacerdotal azteca.

“La mujer volvió a hablarme por última vez : hacia ese sitio secreto huían aquella noche el gran-sacerdote y los guerreros-águila, al cuidado de lo más preciado del tesoro de la gran *Tenochtitlan*, ciudad que desde entonces ya no existiría más.

“Las llamas en la chimenea se apagaron. Volteé hacia la india. Había desaparecido sin abrir la puerta.

“El sueño terminó.

“Desperté.

“El fuego de la chimenea en realidad se había consumido. Sentí miedo.

“Tocaron a la puerta. Me paralicé.

“Después de largos segundos sin yo responder escuché una voz:

—Buenos días tenga vuestra *mercé*. Soy el guarda agujas. El garrotero no ha venido. Yo lo encaminaré al volcán.

“SEPTIEMBRE 10¹¹”

“Fui encontrado hace una semana por el rumbo del barrio de San Pablo,¹² cerca de La Merced, tirado en las baldosas del pórtico de una iglesia. Al parecer me extravié durante varias semanas. Una amiga de Lupe, muy devota y habituada a asistir casi todas las tardes al confesionario, me reconoció y dio aviso a la familia. En la casa, después de tanto tiempo desaparecido, me daban por muerto. Lo más que pudieron indagar sobre mi paradero fue que distintas personas habían visto caminar por las vías del tren, a lo largo de distintos poblados entre *Tlalpam* y San Ángel, a alguien que parecía corresponder a mi descripción fisonómica. Eso fue durante los primeros días de agosto. Luego no supieron más. Se realizaron en la casa varias rezadas del rosario para pedir que yo apareciera y, al mes transcurrido, perdida ya toda esperanza, tuvo lugar mi novenario fúnebre.

“Ironías de la vida: la tarde siguiente me trajeron a casa inconsciente.

“Luego de varios días de cuidados y medicamentos he podido volver en mí y comenzar a recordar, pero me encuentro aún sumamente confundido. Tengo recuerdos fragmentarios y momentáneos de lo sucedido últimamente. El doctor Mauricio Larrañaga, viejo amigo de la familia y quien ha estado a cargo de mi recuperación, dice que se trata de una amnesia parcial y probablemente temporal, provocada con toda seguridad por algún golpe fuerte en la cabeza.

“Algo que creo me puede ayudar a recordar pero que aún no entiendo ni jota son los papeles, escritos con mi puño y letra, encontrados entre los harapos en los que se habían convertido mis ropas. Al parecer son parte de una bitácora que no recuerdo haber escrito. Describo un viaje en el ferrocarril a Cuernavaca y un extraño sueño tenido en las tierras altas de la Sierra Gorda. En realidad no sé de qué se trata. Tampoco recuerdo en qué escondrijo, al resguardo de Lupe y de los niños, dejé las llaves del cajón central de mi *secrtaire*, donde seguramente tengo guardado las otras hojas del diario. Ellas quizá me ayuden a entender lo sucedido.

“SEPTIEMBRE 13”

“En la madrugada de hoy recordé, en un sueño, dónde se encontraban las llaves. Iba caminando por los sótanos oscuros de la casa con un quinqué de latón dorado. Entraba yo por las escaleras al costado del baño principal, a los

cuartos de la servidumbre y de ahí cruzaba los estrechos subterráneos del comedor, arrastrándome entre telarañas, fragmentos de huesos y animales ponzoñosos; salía por el ventanal inferior a los pies de la cocina, del otro lado de la casa. Al llegar ahí recorría el largo pasillo que lleva a las habitaciones y al pequeño jardín interior entre los dormitorios principales. En mi sueño el corredor era mucho más angosto y sus paredes amarillentas estaban llenas de imágenes religiosas. Hasta el fondo de ese estrecho pasillo el rostro severo y de ojos hundidos de un cristo que infundía pavor. Al llegar al pequeño jardín me dirigí a una gran maceta de piedra con extrañas flores negras. Ahí vi las llaves.

“Desperté.

“Me levanté y me dirigí a medio vestir hacia el jardín interior. La noche era fría y el estrépito de la lluvia era intenso. No obstante los niños dormían a pierna suelta. Busqué en la maceta del sueño y, sí, ahí estaban las llaves. De inmediato fui a mi gabinete y abrí los cajones del *secrtaire*. Leí mis notas anteriores. Me parecieron reales, es decir, narraciones de una experiencia verdadera e incluso por instantes creí recordar partes de lo allí escrito, como las consultas y lecturas hechas en la librería. Lo que sin duda existe son las estatuillas de los ídolos, pues abrí el librero y allí estaban. Las tengo a las seis frente a mis ojos. Son como las describo en mis notas.

“Por momentos creo estar a punto de recordar lo acontecido, pero al instante el recuerdo que pareciera despuntar en mi cerebro se ahoga, como cuando se tiene ` en la punta de la lengua ´ el nombre de algún conocido. En realidad es algo parecido pues en este caso el olvido no es de solo un vocablo o algún apelativo, sino de días enteros de mi vida. La amnesia me provoca una sensación de extravío mental que me angustia.

“El doctor Larrañaga sugiere me someta a una sesión de sueño hipnótico a fin de recuperar el recuerdo de lo ocurrido. Dice que se encuentra en la ciudad un renombrado médico europeo, Aldao Aymerich, quien conoció al doctor Freud y desde hace muchos años ha estudiado los extraños secretos del sueño inducido, es decir, una técnica psicológico-magnética que permite al durmiente, de manera aún no explicada del todo por la ciencia, trasponer sentidos, adivinar el porvenir o recordar hechos olvidados del pasado. Me asegura que no corro riesgos y que nada pierdo con probar.

—Mañana Aldao Aymerich impartirá una conferencia en El Ateneo de la Juventud y por la noche se ofrecerá una recepción en su honor en la embajada de España. Vino a

promover su libro *La Práctica del Hipnotismo*, obra que ha sido un éxito en Madrid y está siendo ya vertida al francés. Estoy a punto de terminar de leerla. ¡Fascinante! Le voy a hablar de este caso. De seguro le va a interesar – me dijo con entusiasmo.

“SEPTIEMBRE 17

“Fue impresionante y aterrador.

“La noche de anteaer, aprovechando que Lupe y los niños fueron a escuchar al presidente Díaz “dar el grito”, Larrañaga trajo a su colega. Después de la mutua presentación y conversar algunas frases sobre los modernos “camino de fierro”, como a la manera gala llamó a los ferrocarriles, me examino detenidamente, me hizo varias preguntas sobre mi persona, mis hábitos, qué había comido y a qué horas, etcétera. Luego de varios minutos de reconocimiento dijo que estaba en buenas condiciones físicas para someterme a un tratamiento de sueño hipnótico.

“Me pidió me sentara en el sillón de mi preferencia. Pidió un quinqué, el cual encendió; sacó de su maletín una pantalla circular de color negro con un pequeño orificio al centro conteniendo una lente convergente. Puso la pantalla frente a mí, un poco más arriba de mis ojos, y detrás de ella, encima del *secretaire*, al fondo, colocó el quinqué. Desde ahí el doctor Larrañaga se dispuso a tomar notas en su libreta.

“El hipnotizador pidió apagar las luces restantes y cerrar las cortinas. Se colocó de pie a mi lado izquierdo. Con sus manos tomó y enlazó mis dos manos y comenzó a oprimir muy suavemente mis dedos pulgares durante un par de minutos; yo veía un punto luminoso a través del lente. Puso luego su mano derecha sobre mi cabeza y ejerció una ligera presión sobre mis sienes. Me invadió una ligera somnolencia. El punto de luz se volvía un pasillo por el que mi mirada podía viajar.

—Va usted a dormir....El sueño comienza a entrar en su mente.....Sus párpados quisieran cerrarse.....—me decía con una voz grave— ...se cierran....—me oprimió los párpados ligeramente con las yemas de sus dedos— ...ya no pueden abrirse de tanto sueño que tiene usted....—dentro del pasillo la luminosidad se fue apagando lentamente hasta que todo se hizo oscuro....más oscuro....más..

“Y así comencé a recordar lo que me sucedió el 25 de julio:

“.....el armón asciende lentamente entre neblina y lluvia. La cuadrilla va en silencio. Rostros morenos me miran

con recelo. Cuando se tendió el ferrocarril los habitantes de la región se vieron obligados a trabajar en la elaboración de los durmientes por parte de un inglés al que el gobierno le dio la concesión de explotar la madera de estos bosques. Percibo su rencor hacia todo fuereño.

“El guarda agujas es el único que conversa. Me pregunta sobre mi afición por los volcanes.

—A éste ¿ya subió?

—...Sí –tardé en responder.

—¿Y por qué *quiere* subir de nuevo?

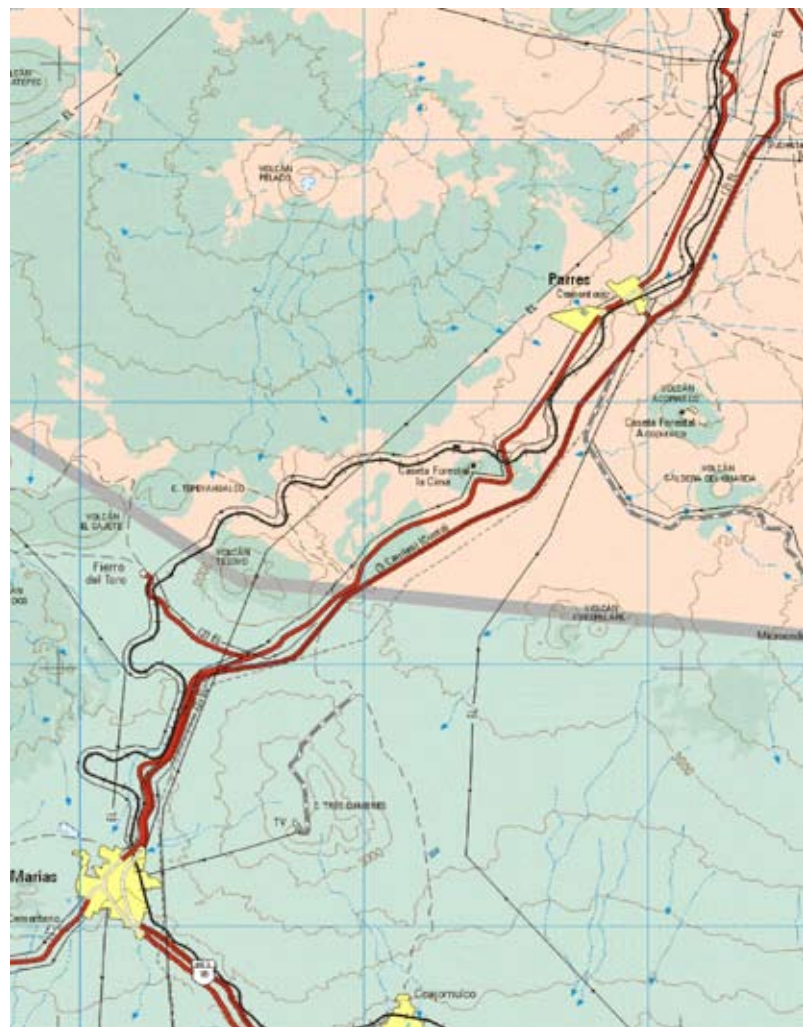
—... la vista sobre el valle –me volví a tardar—..es hermosa.

—Pues no creo que hoy pueda mirar nada. *Na ’más* que montañas de nubes hay por todos lados. Ni el volcán se ve bien. No se vaya *asté* a perder –me dijo no sé si con sincera preocupación o con ironía ladina.

“El armón se detiene. Bajo de él. Llevo conmigo la mochila de expedicionario que compré en El Paso, Texas. Sigue lloviendo. Me despido del guarda agujas y de la cuadrilla. Sigo la vereda que me había enseñado el niño que me sirvió de guía en mi primer viaje. Llego a la falda del volcán luego de una hora de caminar bajo la lluvia. Mientras tomo un descanso y un almuerzo, la lluvia cesa, lo cual me anima a subir, aún cuando el cielo permanece nublado y lo húmedo y fangoso del suelo me dificulta cada paso que doy. El bosque está envuelto en un extraño silencio. La niebla se siente fría y densa. No veo ningún animal, salvo, a lo lejos, lo que me parece una jauría de *escuintles* peleando por los despojos de algún cadáver. Sufro en el ascenso varios resbalones.

“Por fin, cerca del mediodía llego a la cima. Descanso unos minutos y extiendo el mapa para ubicar mi posición con auxilio de la brújula. La nubosidad es tanta que me impide ver el extremo norte del cráter. Apenas diviso la laguna a su interior. Del montículo central no alcanzó a ver nada. Consulto el mapa: estoy a 3620 metros de altura; en los 19 grados 9 minutos latitud norte y 99 grados 13 minutos longitud oeste.¹³ Pienso que alguien supersticioso, como mi hermano por ejemplo, vería en la repetición del número nueve una mala señal, una premonición de algo malo por suceder.

“Son las doce horas y no se ve un rayo de sol. Debería quizá volver un día con mejor clima. Escucho un fuerte trueno. Su eco retumba en el cráter y pareciera rodar largamente, como una avalancha de explosiones que se derrumba por las cañadas. Pero tras esos ruidos graves escucho, cada vez más claro, el sonido rítmico de tambores y cascabeles,



así como agudos silbidos de chirimías. Pienso que el viento extrañamente me trae el ruido de alguna festividad en un pueblo cercano. El mapa no indica ninguno.

“De pronto la espesa bruma en el cráter se disipa y en el centro de la laguna, en torno al montículo observo la presencia de un grupo de indios ataviados con bellos ayates y emplumados penachos de vistosos colores. Tomo los catalejos. Son media docena los que están en el montículo, alrededor de una loza de piedra rectangular. Desde la orilla norte, donde más de diez indios danzan y tocan, se aproxima una canoa con un par de remeros y dos hombres custodiando una mujer vestida toda de blanco. La bajan a fuerza de la canoa y la entregan a los hombres en el montículo. Dos de ellos la toman de cada brazo y dos más de las piernas.

“Retorciéndose y gritando la mujer es colocada sobre la piedra. A sus costados se colocan los dos hombres restantes, que son los más ricamente ataviados. Uno de ellos levanta el rostro y brazos al cielo mientras el otro empuña una enorme hoja de obsidiana y la deja caer en un instante sobre el pecho de la aterrorizada mujer. Inmediatamente después le extrae el corazón y lo eleva al cielo durante algunos segundos, para

luego devorarlo en frenéticas mordidas. Los tambores baten, los danzantes se agitan, las chirimías parecieran alcanzar un tono aún más alto. Los cantos eufóricos se elevan. La sangre corre de la boca y manos del verdugo.

“Estoy paralizado.

“No puedo creer lo que acabo de ver, pero al mismo tiempo sé que lo he visto.

“Sigo observando con el catalejos: el cuerpo inerte de la sacrificada es colocado en el fondo de la canoa, que de inmediato parte hacia la orilla norte, donde ya los aguarda otra doncella prisionera. Ella se desvanece al ver el cadáver. En esa condición es subida a la canoa, que regresa al centro de la pequeña laguna. El espantoso y criminal ritual se repite, salvo que ahora es el otro sacerdote al costado de la mujer el que se encarga de extraer su corazón y devorarlo. Quiero gritar pero no puedo hacerlo a causa del mismo pavor que me invade. Más bien trato de ocultarme lo mejor posible detrás de las negras rocas de la pared sur del cráter.

“La espantosa ceremonia continua con el sacrificio de once mujeres más. Los chamanes se turnan para consumir el sacrificio ritual colectivo. Dejo a un lado el catalejos pero durante más de una hora no dejo de escuchar la música, los cantos y los gritos de terror y euforia. Todo en una conjunción diabólica de sonidos.

“Vomito una y otra vez.

“Me desmayo.

“SEPTIEMBRE 21

– Despierte...despierte... todo está bien....—era la voz del médico europeo.

“Yo estaba doblado hacia el costado izquierdo del sillón. El sueño hipnótico había terminado abruptamente. El doctor Larrañaga limpiaba con un pañuelo mi boca y mis ropas. Se escuchaba a lo lejos el estallido de cohetes celebrando la independencia y el cumpleaños de Don Porfirio.

“Tardé varias horas en recuperarme y más de un día en comenzar a escribir fielmente lo recordado. Una vez que lo hice –y no antes para no influir en el recuerdo de mis propias visiones oníricas– cotejé con las notas que el doctor Larrañaga tomó mientras me encontraba bajo hipnosis. Lo descrito coincide plenamente.

“Sin embargo no he podido recordar aún lo sucedido después de aquel horrendo ritual. El doctor Aldao-Aymerich, al parecer asustado por mi experiencia, que él sabe real y no fingida, partió a los pocos días hacia Veracruz para embarcarse hacia New York. Recomendó que no efectuara

yo ningún otro sueño hipnótico por lo menos durante seis meses. En lo personal creo que lo de menos es recordar cómo descendí del volcán. Lo importante es saber que mi amnesia comenzó con el desmayo debido a la horrenda impresión que me causaran los sangrientos sacrificios de aquellas jóvenes mujeres.

“El doctor Larrañaga se encuentra bastante confundido respecto a la veracidad de mi sueño. Dice ahora tener sus dudas respecto a la técnica de Aldao-Aymerich. Sigue pensando que en algún momento sufrí una caída debido a lo resbaloso del terreno y me golpeé la cabeza, perdiendo el conocimiento. Cree que mi relato de los sacrificios es una bizarra jugada de mi mente durante esa pérdida de conocimiento. Yo no he tratado de convencerlo de lo contrario, ni le he dicho nada acerca de las estatuillas.

—Pero cuénteme ¿qué hacía usted en ese volcán? — me pregunta intrigado.

—Buscaba azufre— le respondo.

“He decidido deshacerme de las estatuillas. Entre más pronto mejor. No quiero saber más de ellas. Tal vez las venda o se las obsequie al propietario de la librería de las calles de San Felipe de Jesús.

POSTFACIO

Hasta aquí lo escrito en aquellas viejas hojas amarillas.

¡Y pensar que ellas permanecieron durante décadas y más décadas ocultas en ese bello *secrétaire*! Tal y como digo en el prefacio, en lo aquí narrado por mi bisabuelo podría encontrarse la causa de su locura. Más aún si se considera que, de acuerdo a pláticas de mi tía abuela Meche, su hija menor también ya fallecida, mi bisabuelo le contaba, cuando ella lo visitaba en el hospital mental de La Castañeda, que por las noches tenía visiones que le recordaban haber entrado a las cuevas y laberintos de un volcán donde habitaban malignos dioses y sanguinarios sacerdotes indígenas. “Esos pasillos y grutas no olían a azufre sino a sangre y copal”—le decía. Al parecer la pesadilla del bisabuelo duró más tiempo y fue más horrible de lo que pudo recordar con la hipnosis.

Sólo me resta hacer dos observaciones.

La primera tiene que ver con lo sucedido a las seis estatuillas ¿Se deshizo mi bisabuelo de ellas? Probablemente no, pues al poco comenzó con sus problemas de demencia. ¿Permanecieron entonces encerradas, también durante décadas, en el librero bajo llave? Si fue así ¿qué se hizo de ese mueble? He preguntado entre los parientes que heredaron alfombras y mobiliario y nadie sabe nada.

La segunda observación, tiene que ver con lo que en definitiva me hizo dar crédito a este relato y me animó a dar a conocerlo. Se trata del reciente descubrimiento realizado por un grupo de arqueoastrónomos respecto a la fundación de *Tenochtitlan*. De acuerdo a su interpretación de los códices indígenas y a la posición de los astros descrita en ellos, en particular que el sol no proyectara sombra alguna, la fundación de la ciudad ordenada por el supremo dios *Huitzilopochtli*, no tuvo lugar durante marzo o junio de 1325, como la historia lo ha debatido —tal vez porque los mismos aztecas sobrevivientes así se lo hicieron creer a sus conquistadores— sino en el mes de julio.

¿La fecha y momento exactos? ¡El día veinticinco de julio justo en el cenit!

Si es así me aterra entonces la coincidencia: ¡mi bisabuelo presenció, en el año de 1905, la ceremonia conmemorativa de esa fundación!•

Julio de 2003

Notas

¹ El manuscrito no indica el año, pero de acuerdo a datos proporcionados más adelante (nota 8) parece que se trata de 1905.

² Carmen Romero Rubio, esposa de Porfirio Díaz.

³ Término popularmente usado para referirse a la elite beneficiada por el régimen de Díaz.

⁴ Lo correspondiente a esta fecha y al día siguiente fue escrito con lápiz en el original.

⁵ Estación de ferrocarril ubicada en lo que actualmente es el jardín de Villalongín; sus instalaciones abarcaban desde lo que hoy es Insurgentes hasta el Circuito Interior.

⁶ Así era conocida la amante del emperador Maximiliano de Habsburgo, con la que vivía y paseaba en Cuernavaca.

⁷ Se refiere a una conocida marca, en aquella época, de sombreros para hombre.

⁸ El Ferrocarril México-Cuernavaca se inauguró en 1895.

⁹ En torno a esa caseta se formó el actual pueblo de Tres Marías.

¹⁰ Pequeña plataforma para transportar hombres y materiales que se impulsa manualmente mediante un mecanismo de sube y baja.

¹¹ A partir de esta fecha el original está escrito de nuevo con tinta. Asimismo, de aquí en adelante es evidente el deterioro que experimenta la elegante caligrafía de mi bisabuelo.

¹² Descubrimiento arqueológicos recientes indican que aquí estuvo ubicado un templo dedicado a *Huitzilopochtli*.

¹³ De acuerdo a estas referencias se trata del volcán Pelado, ubicado al poniente del poblado de Parres, en Tlalpan, D.F. (Ver mapa anexo).

ALEJANDRO TOLEDO PATIÑO es profesor-investigador adscrito al Departamento de Economía en la unidad Iztapalapa de la UAM. Correo electrónico: topale2003@yahoo.com.mx